



D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376

*Herculano Zarzuela
"Paisaje"
Acuarela sobre papel
30*20 cm*



- Eduardo Galeano
- Isabel Allende
- Iván Castro
- HCF Mansilla
- Florencio Candia
- Alfonso Gamarra

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXVI n° 669 Oruro, domingo 13 de enero de 2019



El libro de los abrazos



LA BUROCRACIA

En tiempos de la dictadura militar, a mediados de 1973, un preso político uruguayo, Juan José Nouched, sufrió una sanción de cinco días, cinco días sin visita ni recreo, cinco días sin nada, por violación del reglamento. Desde el punto de vista del capitán que le aplicó la sanción, el reglamento no dejaba lugar a dudas. El reglamento establecía claramente que los presos debían caminar en fila y con ambas manos en la espalda. Nouched había sido castigado por poner una sola mano en la espalda.

Nouched era manco.

Había caído preso en dos etapas. Primero había caído su brazo. Después, él. El brazo cayó en Montevideo. Nouched venía escapando a todo correr cuando el policía que lo perseguía alcanzó a pegarle un manotón. le gritó: ¡Dése preso! y se quedó con el brazo en la mano. El resto de Nouched cayó un año y medio después, en Paysandú.

En la cárcel, Nouched quiso recuperar su brazo perdido.

Funcionario: Haga una solicitud.

Él explicó que no tenía lápiz.

Funcionario: Haga una solicitud de lápiz.

Entonces tuvo lápiz, pero no tenía papel.

Funcionario: Haga una solicitud de papel.

Cuando por fin tuvo lápiz y papel, formuló su solicitud de brazo. Al tiempo, le contestaron.



el duende
director: luis urquiza m.
consejo editor: benjamin chavez e.
erasmo zarzuela e.
coordinación: julia garreta o.
teléfono: 5288500
lurquela@zofro.com

www.lapatriainlinea.com.bo/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.

Que no. No se podía: el brazo estaba en otro expediente. A él lo había procesado la justicia militar. Al brazo, la justicia civil.

CELEBRACIÓN DE LA VOZ HUMANA

Tenían las manos atadas, o esposadas, y sin embargo los dedos danzaban, volaban, dibujaban palabras. Los presos estaban encapuchados, pero inclinándose alcanzaban a ver algo, algo, por abajo. Aunque hablar estaba prohibido, ellos conversaban con las manos.

Pimio Ungerfeld me enseñó el alfabeto de los dedos, que en prisión aprendió sin profesor.

—Algunos teníamos mala letra —me dijo—. Otros eran unos artistas de la caligrafía.

La dictadura uruguayana quería que cada uno fuera nada más que uno, que cada uno fuera nadie: en cárceles y cuarteles, y en todo el país, la comunicación era delito.

Algunos presos pasaron más de diez años enterrados en solitarios calabozos del tamaño de un ataúd, sin escuchar más voces que el estrépito de las rejas o los pasos de las botas por los corredores.

Fernández Huidobro y Mauricio Rosencof, condenados a esa soledad, se salvaron porque pudieron hablarse, con golpecitos, a través de la pared. Así se contaban sueños y recuerdos, amores y desamores, discutían, se abrazaban, se peleaban, compartían certezas y bellezas y también compartían dudas y culpas y preguntas de esas que no tienen respuesta.

Cuando es verdadera, cuando nace de la necesidad de decir, a la voz humana no hay quien la pare. Si le niegan la boca, ella habla por las manos, o por los ojos, o por los poros, o por donde sea. Porque todos, toditos, tenemos algo que decir a los demás, alguna cosa que merece ser por los demás celebrada o perdonada.

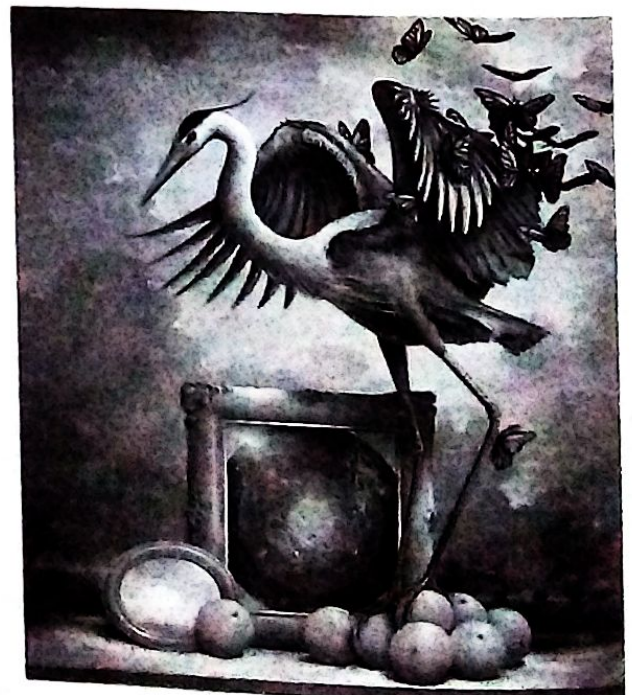
PROFESIÓN DE FE

Sí, sí, yo sé que somos todos hijos del sombrío matrimonio de la mentira y el miedo, pero también sé que todos tenemos el derecho de buscar la dignidad y la belleza, y que tenemos la obligación moral de encontrarlas, y que encontrándolas encontramos contemporáneos en cualquier lugar del tiempo y compatriotas en cualquier lugar del mundo. Y sé que cada vez que esto ocurre, y mientras eso dura, uno tiene la suerte de sentir que uno es algo en la infinita soledad del universo, algo más que una ridícula mota de polvo, algo más que un fugaz momentito.

EL MIEDO

El miedo seca la boca, moja las manos y mutila. El miedo de saber nos condena a la ignorancia; el miedo de hacer nos condena a la impotencia. La dictadura militar, miedo de escuchar, miedo de decir, nos convirtió en sordomudos. Ahora la democracia tiene miedo de reconlar. Enfermos de amnesia, repetimos la historia en lugar de cambiarla. El miedo, miedo de vivir, miedo de ser, miedo de perder, es el más jodido de los hijos numerosos de la muerte.

**Eduardo Galeano,
Uruguay, 1940-2015.
Escritor y periodista.**



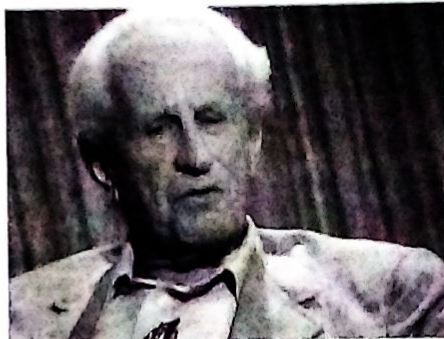
Recuerdos ambivalentes de Herbert Marcuse

H. C. F. Mansilla *

Entre 1966 y 1968 Herbert Marcuse, quien ya gozaba de una enorme reputación, fue catedrático visitante en la Universidad Libre de Berlín, donde yo realizaba mis estudios. Era el autor de *El hombre unidimensional*, libro de culto y la Biblia de los izquierdistas de aquella época. Lo conocí personalmente y mantuve con él un breve intercambio de cartas. Era un hombre de un gran magnetismo personal y poseedor de conocimientos enciclopédicos. Al mismo tiempo irradiaba una gran simpatía y un considerable calor humano. Por sus modales y su forma de hablar se notaba que provenía de la alta burguesía alemana y que había sido educado antes de la Primera Guerra Mundial. Me impresionó mucho, por supuesto. Pero aquí debo señalar que sus conferencias y su estilo de conversación (tenía algo del profeta religioso que predica una verdad irrefutable) me gustaron menos que sus escritos. Mi libro *Los tortuosos caminos de la modernidad*, publicado en 1992, está dedicado a la memoria de Marcuse.

Mi admiración por la Escuela de Frankfurt se mezcló con una actitud crítica frente a Marcuse. Sus simplificaciones sobre el Tercer Mundo me parecieron simplemente una tontería. Desde el primer instante no me convenció la doctrina de que todos los afanes de la razón se reducirían a ser o a fomentar los instrumentos de dominación, como lo postuló más tarde el padre del postmodernismo, Michel Foucault. El liberalismo conduciría siempre al fascismo y el mundo moderno sería una jaula inescapable de total alienación. Estas afirmaciones categóricas no tienen ninguna base empírica en la realidad histórica y pertenecen al terreno de las profecías religiosas. Durante mi época estudiantil Marcuse y sus amigos de la Escuela de Frankfurt exhibía una sintomática incompreensión de la dimensión política, un arrogante desinterés por la esfera institucional, una ignorancia casi absoluta acerca del funcionamiento, los problemas y los logros de la moderna democracia pluralista y un apego ridículo por los fundamentos de las teorías marxista y freudiana, particularmente por aquellos temas que han estado bien alejados de las propias áreas de trabajo (como la economía). Marcuse representaba a mis ojos esa inclinación irracional y anacrónica hacia la teoría marxista en su forma aparentemente primigenia (purificada de los aditamentos posteriores), posición insostenible y, además, desautorizada por el desarrollo de la historia fáctica.

En las conferencias que dictó en mi universidad en julio de 1967, con un inmenso éxito de público, Marcuse hizo gala del mencionado desconocimiento de lo que era la democracia pluralista moderna y reprodujo lugares comunes sobre las guerrillas revolucionarias del Tercer Mundo y las bondades de la lucha armada. Había un trasfondo patéticamente triste y confuso en las alocuciones de Marcuse, que sobrevivía aun más cuando él insistía en la solidaridad universal y en la vigencia irrestricta de un marxismo radicalizado. Se percibía que Marcuse tenía un conocimiento muy superficial de lo que ha significado el marxismo en el ejercicio real del



Herbert Marcuse

poder en Europa Oriental y el Tercer Mundo. Más aun: tuve la impresión de que no quería enterarse de los detalles desagradables de la praxis gubernamental cotidiana de todos los regímenes socialistas y comunistas. Todo esto no impidió que poco después (1969) y en mi universidad Marcuse fuera tratado como un pequeño burgués derechista por los dirigentes del movimiento estudiantil, que se habían radicalizado de forma enfermiza y que esperaban de él una ardiente declaración de fe revolucionaria y dogmática.

Aparte de ello debo confesar que leí muy cuidadosamente, línea por línea, *Eros y civilización*, el mejor libro de Marcuse, al cual debo muchos de mis ideas centrales. Todavía hoy recuerdo la poderosa impresión que esta obra hizo sobre mi mente: ideas originales, estilo brillante, conclusiones irreprochables. Este libro me ganó para las ideas de la Escuela de Frankfurt. Recuerdo, sin embargo, lo siguiente. Entre los seguidores de Marcuse reinaba una competencia muy marcada, que civilizadamente se desenvolvía mediante palabras. Aquel que parecía tener la razón o que explicaba el tema en disputa de la manera más difícil, impresionando a la pequeña audiencia, se quedaba con la chica más guapa y ascendía posiciones en la jerarquía que se formaba sin falta en cada agrupación. Todo esto pertenece a lo más habitual de la historia humana, pero entonces ocurría en nombre del marxismo y de la revolución. Esta teoría era usada para legitimar las ansias de poder y para mejorar la auto-estima de los jóvenes estudiantes progresistas. Innumerable veces escuché que era imprescindible erigir una "dictadura pedagógica" al estilo de Jean Jacques Rousseau, idea que no era

ajena a Herbert Marcuse. Había que obligar a la gente a ser libre y feliz, pues las masas no se daban cuenta de sus propias necesidades y potencialidades. Los jóvenes progresistas tenían la pesada, pero agradable obligación de dirigir estos procesos, sobre todo la dictadura educativa.

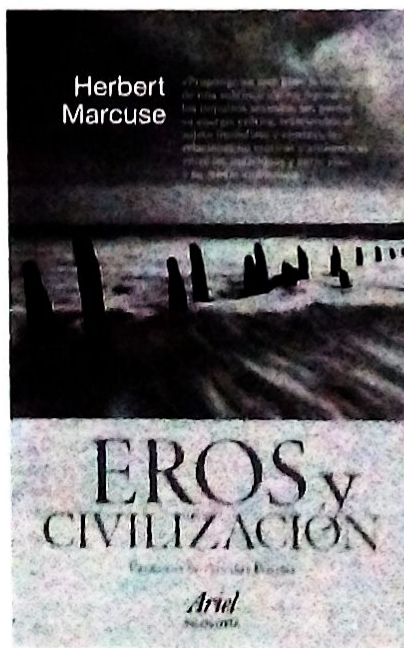
Marcuse y sus amigos llevaban una vida bien enmizada en el mundo "burgués",

jamás visitaban otros países que no sean los centrales del "capitalismo", citaban solamente a unos cuantos filósofos clásicos y no salían de ciertos temas bien delimitados. Ellos se abstuvieron deliberadamente de poner en cuestión los principios esenciales del corpus teórico de Karl Marx y Sigmund Freud, pese a todas las evidencias de la realidad. Me acuerdo claramente de los partidarios y discípulos de Marcuse en aquellos años (1967-1969): conformaban manadas de universitarios jóvenes que aterrorizaban a los profesores y a todos los que se les oponían. Siempre actuaban al abrigo de grupos numerosos, propagando un discurso anti-autoritario en un tono francamente autoritario que no permitía disidencia alguna. Estaban iluminados obviamente por una razón histórica superior. Eran los más entusiastas para abrazar cualquier causa extremista. Marcuse y sus discípulos acariciaba ideas románticas en torno a los guerrilleros barbudos que aparentemente daban su vida por la liberación de sus pueblos y leían grandes obras de fi-

losofía en las pausas entre batalla y batalla, pero Marcuse no sabía y no quería saber nada acerca de las estructuras internas de los movimientos guerrilleros, sus jerarquías severas, su falta de democracia interna y su carencia absoluta de humanidad práctica. Tenía, además, una opinión algo infantil sobre el carácter fundamentalmente bueno del ser humano y de los experimentos socialistas. Pese a su estudio de décadas en torno al psicoanálisis, los vericuetos de la psique de seres humanos concretos le eran extraños. Al igual que los socialistas de ideas convencionales, creía que la eliminación de la propiedad privada constituía la panacea universal y que significaría el fin definitivo del egoísmo individualista. La realidad cotidiana de los países del bloque socialista le tenía sin cuidado. Ese hombre, tan fino, culto y delicado, era partidario del uso indiscriminado de medios para alcanzar el fin supremo, la construcción del socialismo, que así justificaba la utilización de cualquier procedimiento e instrumento. También Marcuse fue para mí un desencanto.

Me disgustó el lenguaje innecesariamente enmascarado, la sintaxis deliberadamente enrevesada y el carácter ambiguo de la mayoría de los pensadores frankfurtianos —con la excepción de la ya mencionada obra *Eros y civilización*—, porque creo percibir aspectos autoritarios y esotéricos en la obra de estos maestros pensadores. Marcuse se consagró también a la producción de un saber libresco neobizantino: mediante las acreditadas artes de la exégesis, la combinación, el oscurecimiento y la reelaboración se ha logrado fabricar textos a partir de otros textos, lo que, en cadena ininterrumpida, genera el progreso del conocimiento científico y el avance de la discusión académica. Y todo esto ha tenido lugar dentro de la mejor tradición de la universidad alemana, en un lenguaje casi ininteligible, cuyo objetivo es amedrentar al público en general y a los colegas en particular. En sociedades algo más primitivas se conoce este procedimiento como la magia de las expresiones altisonantes; en el ámbito germánico las cosas son obviamente más refinadas. Lo nebuloso y abstracto se mezcla con testimonios de una notable erudición y con destellos de genuina creación. Con el paso de los años este método ha alcanzado una reputación tan eminente que toda crítica a él es recusada como una simplificación inadmisiblemente de una problemática difícil y como la típica incompreensión de teorías originales por parte de espíritus anacrónicos y mal informados. Como se sabe, una superficie turbia no garantiza que el agua sea profunda.

* Hugo Celso Felipe Mansilla,
Doctor en Filosofía,
Académico de la Lengua





Isabel Allende:



sía, guiada por huríes de piel de leche, genios que habitaban en las botellas y príncipes dotados de un irrazonable entusiasmo para hacer el amor. Todo lo que había a mi alrededor invitaba a la sensualidad y mis hormonas estaban a punto de explotar como granadas, pero en Beirut vivía prácticamente encerrada. Las niñas decentes no hablaban siquiera con muchachos, a pesar de lo cual tuve un amigo, hijo de un mercader de alfombras, que me visitaba para tomar Coca-Cola en la terraza. Era tan rico, que tenía motoneta con chófer. Entre la vigilancia de mi madre y la de mi chófer, nunca tuvimos ocasión de estar solos.

Mi vida sexual comenzó temprano, más o menos a los cinco años, en el kindergarten de las monjas usulinas, en Santiago de Chile. Supongo que hasta entonces había permanecido en el limbo de la inocencia, pero no tengo recuerdos de aquella primera edad anterior al sexo. Mi primera experiencia consistió en tragarme casualmente una pequeña muñeca de plástico.

Te crecerá adentro, te pondrás redonda y después te nacerá un bebé, me explicó mi mejor amiga, que acababa de tener un hermano. ¡Un hijo! Era lo último que deseaba. Sigieron días terribles, me dio fiebre, perdí el apetito, vomitaba. Mi amiga confirmó que los síntomas eran iguales a los de su mamá. Por fin una monja me obligó a confesar la verdad. "Estoy embarazada", admití hipando.

Me vi cogida de un brazo y llevada por el aire hasta la oficina de la Madre Superiora. Así comenzó mi horror por las muñecas. Y mi curiosidad por ese asunto misterioso cuyo solo nombre era impronunciable: sexo. Las niñas de mi generación carecíamos de instinto sexual, eso lo inventaron Master y Johnson mucho después. Sólo los varones padecían de ese mal que podía conducirlos al infierno y que hacía de ellos unos faunos en potencia durante toda su vida. Cuando una hacía alguna pregunta escabrosa, había dos tipos de respuesta, según la madre que nos tocara en suerte. La explicación tradicional era la cigüeña que venía de París y la moderna era sobre flores y abejas. Mi madre era moderna, pero la reclusión entre el pollen y la muñeca en mi barriga me resultaba poco clara.

A los siete años me prepararon para la Primera Comunión. Antes de recibir la hostia había que confesarse. Me llevaron a la iglesia, me arrodillé detrás de una cortina de felpa negra y traté de recordar mi lista de pecados, pero se me olvidaron todos. En medio de la oscuridad y el olor a incienso escuché una voz con acento de Galicia: "¿Te has tocado el cuerpo con las manos?" "Sí, padre" "¿A menudo, hija?" "Todos los días." "¿Todos los días? ¡Esa es una ofensa gravísima a los ojos de Dios! La pureza es la mayor virtud de una niña. Debes prometer que no lo harás más!"

Prometí, claro, aunque no imaginaba cómo podría lavarle la cara o cepillarme los dientes sin tocarle el cuerpo con las manos. Este traumático episodio me sirvió para "Eva Luna", treinta y tantos años más tarde. Una nunci sabe para qué se está entrenando.

A los once años yo vivía en Bolivia. Mi madre se había casado con un diplomático, hombre de ideas avanzadas, que me puso en un colegio mixto. Tardé meses en acostumbrarme a convivir con varones, andaba siempre con las orejas rojas y me enojaba todos los días de uno diferente. Los muchachos eran unos salvajes cuyas actividades se limitaban al fútbol y las peleas del recreo, pero mis compañeros estaban en la edad de medirse el contorno del busto y anotar en una libreta los besos que recibían. Había que especificar detalles: quién, dónde, cómo. Había algunas afortunadas que podían escribir: Felipe, en el baño, con lengua. Yo fingía que esas cosas no me interesaban, me vestía de hombre y me trepaba a los árboles para disimular que era casi enana y menos sexy que un pollo. En la clase de biología nos enseñaban algo de anatomía y el proceso de fabricación de los bebés, pero era muy difícil imaginárselo. Lo más atrevido que llegamos a ver en una ilustración fue una madre amamantando a un recién nacido. De lo demás no sabíamos nada y nunca nos mencionaron el placer, así es que el meollo del asunto se nos escapaba ¿por qué los adultos hacían esa cochunada? La erección era un secreto bien guardado por los muchachos, tal como la menstruación lo era por

las niñas. La literatura me parecía evasiva y yo no iba al cine, pero dado que allí se pudiera ver algo erótico en esa época. Las relaciones con los muchachos consistían en empujones, manotazos y recados de las amigas. dice el Keenan que quiere darte un beso, dile que sí pero con los ojos cerrados, dice que ahora ya no tiene ganas, dile que es un estúpido, dice que más estúpido eres tú y así nos pasábamos todo el año escolar. La máxima intimidad consistía en mascar por turnos el mismo chicle. Una vez pude luchar cuerpo a cuerpo con el famoso Keenan, un pelirrojo a quien todas las niñas amábamos en secreto. Me sacó sangre de narices, pero esa mole pecosa y jadeante aplastándome contra las piedras del patio, es uno de los recuerdos más excitantes de mi vida. En otra ocasión me invitó a bailar en una fiesta. A La Paz no había llegado el impacto del rock, que empezaba a sacudir al mundo, todavía nos arrullaban Nat King Cole y Bing Crosby (¡Oh, Dios! ¿Era eso la prehistoria?) Se bailaba abrazados, a veces chicle-to-chicle, pero yo era tan diminuta que mi mejilla apenas alcanzaba la hebilla del cinturón de cualquier joven normal. Keenan me apretó un poco y sentí algo duro a la altura del bolsillo de su pantalón y de mis costillas. Le di unos golpecitos con las puntas de los dedos y le pedí que se quitara las llaves, porque me hacían daño. Saltó corriendo y no regresó a la fiesta. Ahora, que conozco más de la naturaleza humana, la única explicación que se me ocurre para su comportamiento es que tal vez no eran las llaves.

En 1956 mi familia se había trasladado al Líbano y yo había vuelto a un colegio de señoritas, esta vez a una escuela inglesa cuáquera, donde el sexo simplemente no existía, había sido suprimido del universo por la flama británica y el celo de los predicadores. Beirut era la perla del Medio Oriente. En esa ciudad se depositaban las fortunas de los jeques, había sucursales de las tiendas de los más famosos modistos y joyeros de Europa, los Cadillac con ribetes de oro puro circulaban en las calles junto a camellos y mulas. Muchas mujeres ya no usaban velo y algunas estudiantes se ponían pantalones, pero todavía existía esa firme línea frontiza que durante milenios separó a los sexos. La sensualidad impregnaba el aire, flotaba como el olor a manteca de cordero, el calor del mediodía y el canto del muecín convocando a la oración desde el alminar. El deseo, lo lujoso, lo prohibido... Las niñas no salían solas y los niños también debían cuidarse. Mi padrastro les entregó largos alfileres de sombrero a mis hermanos, para que se defendieran de los pelizcos en la calle. En el recreo del colegio pasaban de mano en mano foto-novelas editadas en la India con traducción al francés, una versión muy manoseada de "El amante de Lady Chatterley" y pocket-books sobre orgías de Caligula. Mi padrastro tenía "Las Mil y Una Noches" bajo llave en su armario, pero yo descubrí la manera de abrir el mueble y leer a escondidas trozos de esos magníficos libros de cuero rojo con letras de oro. Me zambullí en el mundo sin retorno de la fanta-

Nací al sur del mundo, durante la Segunda Guerra Mundial en el seno de una familia emancipada e intelectual en algunos aspectos y casi paleolítica en otros. Me crié en el hogar de mis abuelos, una casa estratoflora donde deambulaban los fantasmas invocados por mi abuela con su mesa de tres patas. Vivían allí dos tíos solteros, un poco excéntricos, como casi todos los miembros de mi familia. Uno de ellos había viajado a la India y le quedó el gusto por los asuntos de los fakires, andaba apenas cubierto por un taparrabos recitando los 999 nombres de Dios en sanscrito. El otro era un personaje adorable, parecido como Carlos Gardel y amante apasionado de la lectura. (Ambos sirvieron de modelos -algo exagerados- lo admito- para Jaime y Nicolás en "La casa de los espíritus"). La casa estaba llena de libros, se amontonaban por todas partes, crecían como una flora indomable, se reproducían ante nuestros ojos. Nunca censuraba o guiaba mis lecturas y así leí al Marqués de Sade, pero creo que era un texto muy avanzado para mi edad, el autor daba por sabidas cosas que yo ignoraba por completo. me fallaban referencias elementales. El único hombre que había visto desnudo era mi tío, el fakir, sentado en el patio contemplando la luna y me sentí algo defraudada por ese pequeño apéndice que cabía holgadamente en mi estuche de lápices de colores. ¿Tanto alboroto por eso?

Yo era plana. Ahora no tiene importancia, pero en los cincuenta eso era una tragedia, los senos eran considerados la esencia de la femineidad. La moda se encargaba de resaltarlos: sweater ceñido, cinturón ancho de elástico, faldas infladas con vuelos almidonados. Una mujer pechugona tenía el futuro asegurado. Los modelos eran Jane Mansfield, Gina Lollobrigida, Sofía Loren. ¿Qué podía hacer una chica sin pechos? Ponerse rellenos. Eran dos medias esferas de goma que a la menor presión se hundían sin que una lo percibiera. Se volvían súbitamente cóncavos, hasta que de pronto se escuchaba un terrible plop-plop y las gomas volvían a su posición original, pamlizando al pretendiente que estuviera cerca y sumiendo a la usuaria en atroz humillación. También se desplazaban y podía quedar una sobre el estómigo y la otra bajo el brazo, o ambas flotando en la alberca detrás de la nadadora. En 1958, el Líbano estaba amenazado por la guerra civil. Después de la crisis del Canal de Suez se agudizaron las rivalidades entre los sectores musulmanes, inspirados en la política panarabí-ga de Gamal Abder Nasser, y el gobierno cristiano. El Presidente Camille Chamoun pidió ayuda a Eisenhower y en julio desembarcó la VI Flota norteamericana. De los portaaviones desembarcaron cientos de marines bien nutridos y ávidos de sexo. Los padres redoblaron la vigilancia de sus hijas, pero era imposible evitar que los jóvenes se encontraran. Me escapé del colegio para ir a bailar con los yanquis. Experimenté la borrachera del pecado y del rock n'roll. Por primera vez



“El sexo y yo”

mi escaso tamaño resultaba ventajoso, porque con una sola mano los fumados marines podían lanzarme por el aire, darme dos vueltas sobre sus cabezas tapadas y arrastrarme por el suelo al ritmo de la guitarra frenética de Elvis Presley. Entre dos volteretas recibí el primer beso de mi carrera y su sabor a cerveza y a ketchup me duró dos años. Los disturbios en el Líbano obligaron a mi padrastro a enviar a los niños de regreso a Chile. Otra vez viví en la casa de mi abuelo. A los quince años, cuando planeaba meterme a monja para disimular que me quedaría solterona, un joven me distinguió por allí abajo, sobre el dibujo de la alfombra, y me sonrió.

Cero que le divertía mi aspecto. Me colgué de su cintura y no lo solté hasta cinco años después, cuando por fin aceptó casarse conmigo.

La píldora anticonceptiva ya se había inventado, pero en Chile todavía se hablaba de ella en susurros. Se suponía que el sexo era para los hombres y el romance para las mujeres, ellos debían seducirnos para que les dieramos “la prueba de amor” y nosotras debíamos resistir para llegar “puras” al matrimonio, aunque dado que muchas lo lograrán. No sé exactamente cómo tuve dos hijos.

Y entonces sucedió lo que todos esperábamos desde hacía varios años. La ola de liberación de los sesenta recorrió América del Sur y llegó hasta ese rincón al final del continente donde yo vivía. Arte pop, mini falda, droga, sexo, bikini y los Beatles. Todas imitábamos a Brigitte Bardot, despemada, con los labios hinchados y una blusita miserable a punto de reventar bajo la presión de su femineidad. De pronto un revés inesperado se acabaron las exuberantes divas francesas o italianas, la moda impuso a la modelo inglesa Twiggy, una especie de hermatofilita familiar. Para entonces a mí me habían salido pechugas, así es que de nuevo me encontré al lado opuesto del estereotipo. Se hablaba de orgías, intercambio de parejas, pornografía. Solo se hablaba. Yo nunca las ví. Los homosexuales salieron de la oscuridad, sin embargo yo cumplí 28 años sin imaginar cómo lo hacen. Surgieron los movimientos feministas y tres o cuatro mujeres nos sacamos el sostén, lo ensartamos en un palo de escoba y salimos a desfilar, pero como nadie nos siguió, regresamos abochornadas a nuestras casas. Florecieron los hippies y durante varios años anduve vestida con harapos y abalorios de la India. Intenté fumar marijuana pero después de aspirar seis cigarrillos sin volar ni un poco, comprendí que era un esfuerzo inútil. Paz y amor. Sobre todo amor libre, aunque para mí llegaba tarde, porque estaba irremisiblemente casada.

Mi primer reportaje en la revista donde trabajaba fue un escándalo. Durante una cena en casa de un renombrado político, alguien me felicitó por un artículo de humor que había publicado y preguntó si no pensaba escribir algo en serio. Respondí lo primero que me vino a la mente: sí, me gustaría entrevistar a una mujer infiel. Hubo un silencio gelido en la mesa y luego la conversación derivó hacia la comida. Pero a la hora del café la dueña de casa —treinta y ocho años, delgada, ejecutiva en una oficina gubernamental, traje Chanel— me llevó aparte y me dijo que si le juraba guardar el secreto de su identidad, ella aceptaba ser entrevistada. Al día siguiente me presenté en su oficina con una grabadora. Me contó que era infiel por que disponía de tiempo libre después de almuerzo, porque el sexo era bueno para el ánimo, la salud y la propia estética y porque los hombres no estaban tan mal, después

de todo. Es decir, por las mismas razones de tantos maridos infieles, posiblemente el suyo entre ellos. No estaba enamorada, no sufría ninguna culpa, mantenía una discreta guionerie que compartía con dos amigas tan liberadas como ella. Mi conclusión, después de un simple cálculo matemático, fue que las mujeres son tan infieles como los hombres, porque si no ¿con quién lo hacen ellos? No puede ser solo entre ellos o todos siempre con el mismo puñado de voluntarias. Nadie perdonó el reportaje, como tal vez lo hubieran hecho si la entrevistada tuviera un marido en silla de ruedas y un amante desesperado. El placer sin culpa ni excusas resultaba inaceptable en una mujer. A la revista llegaron cientos de cartas insultándonos. Aterrada, la directora me ordenó escribir un artículo sobre “la mujer fiel”. Todavía estoy buscando una que los sea por buenas razones.

Lran tiempos de desconcierto y confusión para las mujeres de mi edad. Leyamos el Informe Kinsey, el Kamasutra y los libros de las feministas norteamericanas, pero no lográbamos sacudirnos la moralina en que nos habían criado. Los hombres todavía exigían lo que no estaba dispuestos a ofrecer, es decir, que sus novias fueran vírgenes y sus esposas castas. Las parejas entraron en crisis, casi todas mis amistades se separaron. En Chile no hay divorcio, lo cual facilita las cosas, porque la gente se separa y se junta sin trámites burocráticos. Yo tenía un buen matrimonio y drenaba la mayor parte de mis inquietudes en mi trabajo. Mientras en la casa actuaba como madre y esposa abnegada, en la revista y en mi programa de televisión aprovechaba cualquier excusa para hacer en público lo que no me atrevía a hacer en privado, por ejemplo, disfrazarme de corista, con plumas de avestruz en el trasero y una esmeralda de vidrio pegada en el ombligo.

En 1975 mi familia y yo abandonamos Chile, porque no podíamos seguir viviendo bajo la dictadura del General Pinochet. El apogeo de la liberación sexual nos sorprendió en Venezuela, un país cálido, donde la sensualidad se expresa sin subterfugios. En las playas se ven machos bigonudos con unos bikinis diseñados para resaltar lo que contienen. Las mujeres más hermosas del mundo (ganan todos los concursos de belleza), caminan por la calle buscando puerca, al son de una música secreta que llevan en las caderas.

En la primera mitad de los 80 no se podía ver ninguna película, excepto las de Walt Disney, sin que aparecieran por lo menos dos eructos copulando. Hasta en los documentales científicos había amebas o pimplinos que lo hacían. Fui con mi madre a ver “El Imperio de los Sentidos” y no se limitó. Mi padrastro les prestaba sus famosos libros críticos a los nietos, porque resultaban de una ingenuidad conmovedora comparados con cualquier revista que podían comprar en los kioscos. Había que estudiar mucho para salir airoso de las preguntas de los hijos (mamá ¿qué es pedofilia?) y fingir naturalidad

cuando las criaturas inflaban condones y los colgaban como globos en las fiestas de cumpleaños. Ordenado el closet de mi hijo adolescente encontré un libro forrado en papel marrón y con mi larga experiencia adiviné el contenido antes de abrirlo. No me equivoqué, era uno de esos modernos manuales que se cambian en el colegio por estampas de futbolistas. Al ver a dos amantes frotándose con mousse de salmón me di cuenta de todo lo que me había perdido en la vida. ¿Tantos años coleccionando y desconociendo los múltiples usos del salmón? ¿En que habíamos estado mi marido y yo durante todo ese tiempo? Ni siquiera teníamos un espejo en el techo del dormitorio. Decidimos ponernos al día, pero después de algunas contorsiones muy peligrosas —como comprobamos más tarde en las radiografías de columna— amanecimos celándonos linimento en las articulaciones, en vez de mousse en el punto G.

Cuando mi hija Paula terminó el colegio entró a estudiar Psicología con especialización en sexualidad humana. Le advertí que era una imprudencia, que su vocación no sería bien comprendida, no estábamos en Suecia. Pero ella insistió. Paula tenía un novio siciliano cuyos planes era casarse por la iglesia y engendrar muchos hijos, una vez que ella aprendiera a cocinar pasta. Físicamente mi luja engañaba a cualquiera, parecía una virgen de Murillo, grácil, dulce, de pelo largo y ojos lánguidos, nadie imaginaría que era experta en esas cosas. En medio del Seminario de Sexualidad yo hice un viaje a Holanda y ella me llamó por teléfono para pedirme que le trajera cierto material de estudio. Tuve que ir con una lista en la mano a una tienda en Amsterdam y comprar unos artefactos de goma rosada en forma de plátanos. Eso no fue lo más bochornoso. Lo peor fue cuando en la aduana de Caracas me abrieron la maleta y tuve que explicar que no eran para mí, sino para mi hija. Paula empezó a circular por todas partes con una maleta de juguetes pornográficos y el siciliano perdió la paciencia. Su argumento me pareció razonable: no estaba dispuesto a soportar que su novia anduviera midiendo los orgasmos a otras personas. Mientras duraron los cursos, en casa vimos videos con todas las combinaciones posibles: mujeres con burros, parapléjicos con sordomudas, tres chinas y un americano, etc. Ventan a tomar el té transexuales, lesbianas, necrófilos, onanistas, y mientras la virgen de Murillo ofrecía pastelitos, yo aprendía cómo los cirujanos convierten a un hombre en mujer mediante un trozo de tripa.

La verdad es que pasé años preparándome para cuando nacieran mis nietos. Compré botas con tacones de estilete, látigos de siete puntas, muñecas infladas con orificios practicables y bálsamos afrodisíacos, aprendí de memoria las posiciones sagradas del erotismo hindú y cuando empezaba a entrenar al perro para fotos artísticas, apareció el Sida y la liberación sexual se fue al diablo. En menos de un año todo cambió. Mi hijo Nicolás se cortó los mechones verdes que coronaban su cabeza, se quitó sus catorce afileres de las orejas y decidió que era más sano vivir en pareja monógama. Paula abandonó la sexología, porque parece que ya no era rentable, y en cambio se propuso hacer una maestría en educación cognoscitiva y aprender a cocinar pasta con la esperanza de encontrar otro novio. Lo encontró, se casaron y luego vino la muerte y se la llevó, pero esa es otra historia. Yo compré ositos de peluche para los futuros nietos, me comí la mousse de salmón y ahora cuido mis flores y mis abejas.

Isabel Allende Llona. Perú, 1942.
Escritora, novelista y narradora.



Florencio Candia

Entre 1914 y 1916, el vate Claudio Peñaranda, introductor del Modernismo Literario en Bolivia, ejerció la docencia en el Colegio Junín de Chuquisaca, lo que le permitió inculcar en el espíritu de sus discípulos el estro poético. Florencio Candia, de sólo 15 años, fue uno de los que reveló su esencia creadora en "Juancho". El poema forma parte de la antología "Jóvenes poetas modernistas en Sucre" (1976), compilado por el escritor y Académico de la Lengua, Luis Ríos Quiroga.

Juancho

¡Pobre Juancho! Ya va lejos...
casi, casi no distingue
de las tamboras el eco
ni el gemido plañidero de las hembras
que en la orilla con pesar le despidieron.

¡Boga, Juancho, boga, boga!
Ve con rumbo a las cachuelas.
¿Qué le importa al patroncito
que las cruces y no vuelvas?

¡Pobre Juancho! Nunca supo
de ambiciones ni quimeras,
de odios, pasiones, ni fiebres,
pues vive ajeno a la luchas
del hombre y de sus miserias.
Tiene loco, una camisa,
una tacuara que suena,
un perro por compañero
y una mujer que le espera.
Pronto quizás tendrá un hijo
que adoptará sin reserva,
pues no cuida de si es suyo
o tal vez de otro cualquiera.
Si le nace carayana
es favor que de Dios llega,
pues quién sabe si el pequeño
un mejor destino tenga...
Mucho importan los colores
para aquel que orgullo ostenta:
ser blanco es un privilegio,
por más que muchos no lo crean...

Zarpa el batelón ligero
y no corre sino vuela,
deja tras sí rizos blancos,
y entre su espumosa estela,
juguetean los hufeos
que tanto al buen Juancho alegran.
Vuelca un torno, y viene un largo,
y otro torno que comienza;
y Juancho atisba los nidos
y los frutos de la selva.
Mas, no es feliz, cual supone
quien leyere esta conseja,
a pesar de su camisa,
y su tacuara que suena...

Él recuerda dulcemente,
con un dejo de tristeza

una rubia cabecita,
un dechado de inocencia:
una mujer cuyos ojos
se le han grabado con fuerza,
que obsesionan implacables,
ablandando la dureza
de su corazón tan libre...

Y siente extraña pena
de esa locas afecciones
que en un delirio se engendran,
al choque de dos miradas
que casualmente se encuentran.

Y eso es causa de que el pobre
algo de mágico sienta
que convulsionan sus miembros
sin que apenas lo comprenda...
La mujer por quien suspira,
suspira sin darse cuenta,
es la hija del cruel patrón
que a la cachuelas le lleva.

¡Triste Juancho, el bravo, el bueno,
desdichado alimentas,
inconsciente lo imposible
tan fácil para cualquiera.

¿Qué sueños tan necios tienes?
Porque una tarde ¡ay aquella
en que la niña una rosa
llevaba en sus labios presa!
Te la cedió con cariño
porque un nido le cogieras
y te miró complacida
cuando triunfando en la empresa
pusiste en sus bellas manos
el nido que apeteciera,
a riesgo, al romperse un gajo,
de romperte la cabeza?

¡Qué sueños tan necios tienes!
¡Infeliz! Más te valiera,
que entonces, en tu caída,
se diera tu alma a la ausencia...
¿Es que albergas, insensato,
en tu corazón tan joven,
candente y lleno de savia,
lo que jamás ni debías
que por tu mente cruzara?

Yo ya sé que te casaron,
que el patrón vino a tu estancia
y en el día de la boda
tanto alcohol te prodigara,
que no supiste ni cómo
ni cuándo te "machimbearon".
Yo ya sé que eres un hombre,
pero de cara atezada,
de pelo hirsuto y rebelde;
que dudan si tienes alma...
que unos padres misioneros
redujeron a tu raza,
y la tribu que fue libre
ahora es haz de gente esclava.

Conformate tú, buen Juancho...
El civilizado te ama:
no te extingue,
no te mata...
Te convierte en una cosa,
algo parecido a máquina
sujeto a una compraventa,
y debes darle gracias.
Vive feliz, con tu perro
y tu flauta de tacuara.

Procura comer muchísimo,
mantenerte a todas ganas,
procurando conservar
tu animalidad bien sana.
El patrón más te querrá
cuanto más ancha tu espalda...

Ciñe el remo con rudeza
y has que ronque fuerte el agua.
Esto distrae el espíritu
y al corazón cuando él ama.

Del patrón la hija preciosa
que una tarde te mirara,
es ficción de tus sentidos,
es una quimera extraña...
es un sueño que tuviste
ayer noche en tu pascua.
No creas, no, que ha existido
lo que tu mente amullara...

Tú, no tienes corazón,
cual lo quiere el carayana.
¡Boga, Juancho, boga, bogal...
Ve con rumbo a las cachuelas.
¿Qué le importa al patroncito
que las cruces y no vuelvas



La estética posmoderna en la Nueva Poesía Cruceña

Iván Jesús Castro Aruzamen
Filósofo, poeta y escritor

A Elena inspiración bellísima

Ya en 1986, Jean Francois Lyotard, en *La posmodernidad*, decía:

"Hay que recordar que la ciencia y la industria no le llevan ventaja al arte y la literatura en lo que toca a las sospechas que inspira su relación con la realidad".

Por tanto, tampoco la ciencia ni la actual tecnociencia y su burocracia, le llevan ventaja a la poesía ni a los poetas. Pues, la ciencia solo tiene una verdad y es la propia de sus reglas, pero el arte (poesía) contiene muchas verdades y sospechas insospechadas acerca de la realidad.

Aquí, de manera resumida, repasó el arte poético de tres poetisas cruceñas, cuya estética de un modo u otro es posmoderna, aunque sin dejar de ser moderna. Lucía Carvalho en *Fiesta equivocada* (2017), Marcia Mendieta Estenssoro en *La casa que nos habita* (2017) y Melissa Sauma en *Luminiscencia* (2017).

El mismo filósofo francés, establecía la diferencia entre la estética moderna y posmoderna, aunque ambas tienen mucho en común y más de continuidad, que de ruptura: "la estética moderna es una estética de lo sublime, pero nostálgica. Es una estética que permite que lo impresentable sea alegado tan solo como contenido ausente, pero la forma continúa ofreciendo al lector o al contemplador, merced a su consistencia reconocible, que es una combinación intrínseca de placer y pena".

En cambio la estética posmoderna "sería aquello que alega lo impresentable en lo moderno y en la presentación misma, aquello que se niega a la consolación de las formas bellas, al consenso de un gusto que permitiría experimentar en común la nostalgia de lo imposible, aquello que indaga por presentaciones nuevas, no para gozar de ellas sino para hacer sentir mejor que hay algo que es impresentable".

De ahí que el poeta posmoderno cuando escribe su obra no esté gobernado ni sometido a las reglas ya establecidas, sino que las mismas son exploradas o investigadas por el mismo texto. Para algunos autores, la narrativa del argentino Manuel Puig, sería la primera manifestación de una narrativa posmoderna en América Latina.

LUCÍA CARVALHO Y LA FIESTA DEL TIEMPO

Para Lucía Carvalho, el recuerdo o el tiempo no es una nostalgia sino es eso, una fiesta presente: "Este recuerdo no quiere ser feliz/ se pasea sobre cuatro ruedas en un camino de locetas". Nos miramos/ y pensamos que si viviéramos aquí/ haríamos fiestas de té todos los jueves después de las tres". Por eso dirá la poetisa:

"El tiempo que pasamos juntos no es mío ni tuyo". Hoy mis ojos son lo que queda/ De una fiesta equivocada".

En *Fiesta equivocada*, lo impresentable y hasta lo impensable se hace presente en lo palpable, en lo evidente para mostrarnos que lo gozoso es lo presentable.

"En otro momento, la limonada no sería/ tan agria y el mundo sería más pequeño/ haríamos la misma canción al mismo/ ritmo sin contratiempos". "Escuchemos musical/



LUCÍA CARVALHO



MELISSA SAUMA



MARCIA MENDIETA

Tomemos gaseosa en bolsita/ Mientras se-paras las arvejas del arroz/ y las comes una por una". Aunque esta estética posmoderna no deja de ser moderna, cuando la poeta recurre a una metáfora espléndida y sugerente:

"Tengo un arroyo en el estómago/ caudales circulares/ peces de colores/ burbujas que reventan a cada risa".

Dos elementos importantes en la poesía posmoderna de Carvalho son el gusto y el miedo:

"Me gusta la cama y su comodidad/ Me gusta perderme entre las sábanas y/ no usar almohada". "Me gusta la televisión y su programación basura/ perder el tiempo y tocar el violín". Así, en *Fiesta equivocada* la manera de buscar lo impresentable o lo que Kant llama lo informe es una fiesta continua del ser en las cosas:

MARCIA MENDIETA ESTENSSORO Y EL HABITAR PRESENTE

En el genio femenino poético de Marcia Mendieta, el recuerdo y recuerdo, lo temido, al igual que en Proust, es una conciencia que busca el tiempo para hacerlo continuamente presente:

"Los recuerdos que vivió/ los he salvado de esa casa/ de pasaditos tramposos". "Las mujeres de mi casa se creen inmortales/ porque han descubierto/ la receta para ser livianas". Pero también es una conciencia que valora lo dialógico del conocimiento:

"Ella conoce mi casa/ yo conozco la saya".

La realidad es aquello que sucede en el tiempo y no lo que no es perceptible.

"El automóvil se desplaza en el puente/ y, veloz/ arremete contra el asfalto". "Se escucha/ el timbre de los teléfonos/ y las conversaciones ajenas/ que han sido separadas por ondas". En ese sentido, la

voz poética contempla desde la conciencia, la perfección del caos:

"Desde este rincón contemplo/ pequeños destellos del caos perfecto".

El miedo o la inmensidad o el misterio, no son realidades a las que el ser humano puede acceder, por tanto la imposibilidad instaura la pena y la nostalgia en su espíritu inmanente. Pues en Mendieta Estenssoro estas se actualizan constantemente en la palabra:

"Antes de que empiece el verano/ hubo un día en que tuve miedo/ del cielo y la niebla/ de los gritos ahogados". "Pero cuando quiero descubrir lo inmenso/ levanto el rostro/ para sentir el viento corriendo/ y dudo/ Dudo de lo eterno". "Alguna vez he querido descubrir el Misterio/ | | Y aun así/ desde mis pocas certezas/ no he descubierto el Misterio/ apenas he atusado por una rendija". Y esa rendija es la poesía y no la ciencia.

MELISSA SAUMA Y LA LUMINISCENCIA DE LO REAL

La sensibilidad poética de Melissa Sauma, contempla el acontecer de las cosas y los seres, sin que la pena asome en sus ojos:

"Hoy llueve/ el frío es una filigrana que tamiza mis huesos". "A través de rejillas de metal/ y de cristales sombreados por telarañas/ miro la calle". "A veces hace frío y noche y la ciudad se deshabita/ el silencio es de espuma y la humedad sobrevive/ al temblor de las hojas".

El cuerpo para Sauma, experimenta la luminiscencia de lo real, porque no tenemos otra posibilidad. O lo que Eugenio Trias llamaba el "cero del aparecer".

"Al despertar el peso del cuerpo sobre el cuerpo/ | | otra vez el cuerpo/ el reconocimiento del cuerpo como parte del caos". "Descalza/ con un pie en la tierra/ y otro en el agua/ caminé río abajo/ sintiendo bajo las plantas/ la arena húmeda/ el agua fría/ la piedra que el sol calentó/ la hierba tibia".

El poeta posmoderno no le teme a lo incommensurable o las ausencias impresentables, sino solo al brillar de las cosas:

"No temo las ausencias/ al silencio/ no a la noche". "Sabemos/ que nada existe en realidad/ más que la luz/ que todo cuanto conocemos/ es lo que su ausencia oculta/ o su presencia/ manifiesta".

Finalmente, creo que la estética posmoderna de la nueva poesía cruceña, sobre todo en las tres autoras comentadas, está repleta de imágenes cotidianas, donde no existe lugar para la nostalgia de lo impresentable o inalcanzable como ocurría en la estética moderna. Ese "cerco hermético" (Eugenio Trias) que causa la pena y la nostalgia en el hombre moderno. Más por eso, esta nueva poesía cruceña, no ha dejado de ser moderna, sino que su posmodernidad la precede. Concluyo este corto recorrido por la obra de las tres autoras con palabras del filósofo francés de la posmodernidad, Jean Francois Lyotard: "Pos-moderno será comprender según la paradoja del futuro (post) anterior (modo)".

HERENCIAS DE LA LITERATURA BOLIVIANA

La amputación malévola de la gramática

Alfonso Gamarra

En cirugía se debe utilizar un método radical para salvar la vida de un paciente. El nombre de ese procedimiento es la amputación, que consiste en tomar una drástica decisión para extirpar un miembro que está afectado por un irreparable mal. Especialmente se utiliza un método de amputación "a la turca" cuando el cuchillo corre rápidamente en profundidad y circuyendo la superficie circular del miembro en un solo y hábil movimiento.

Empiezo estas líneas refiriendo algo nada agradable, para comparar una forma cruenta de salvar la vida con una forma en el lenguaje, no agresiva, más bien suave, que sirve para destruir el idioma.

Para ahorrar mayores detalles, les presentaré unos ejemplos que, por el menosprecio que se tiene a la construcción gramatical, asesta un tajo maligno a la unidad de la lengua. Resulta atroz que una señora elegante en su vestimenta, a la que no le falta ningún detalle de distinción, pregunte: "¿Me presta su lápiz porfa?". En ese momento está cometiendo una falta de elegancia en su expresión a la vez que una fea amputación. Y no es menos la otra dama que pasa cerca de nosotros y nos dice: "Comper", no sé si por urbanidad o por falta de educación gramatical.

En los últimos tiempos venimos observando que una forma de pereza lleva a los jóvenes a acortar las palabras, y no porque estén viviendo en un mundo apresurado y en crisis. Por ejemplo, para un estudiante de medicina es pérdida de tiempo el uso de las sílabas necesarias. Y se le puede escuchar: "El cate de gineco nos tomará un examen" o bien: "Cuando acabo tratamiento tomo un cole para irme".

Parece que no es necesario poner atención en los diálogos que se producen a nuestro alrededor para encontrar este tipo de amputación de frases y palabras. Una empleada de ministerio levanta la voz con el ardor de su plática, y dice: "Si el ministro no contesta mi saludo, me importa...". No entendemos cómo esta última palabra, por el fenómeno del corte malévolo, ha adquirido el significado distinto del que semánticamente tiene. Antes se decía: "Me importa un bledo". Me importa un canuto - No me importa", pero ahora basta esa expresión para significar más bien desprecio.

Hace poco fui invitado a una reunión



a la que asistían varios extranjeros. La señora de la casa, una guapa representante de la belleza de su tierra, se me acercó y me preguntó: "¿Usted quisiera servirse coca?". Yo, muy boliviano, no sabía si me insultaba o quería hacerse la burla. Tardé en ver que tan gentil persona sólo estaba cometiendo una amputación por causa de la costumbre, ya que a todos, finalmente, sirvió la misma bebida.

El más horrible acortamiento, sin embargo, verificamos en el habla de locutores y pollucos descuidados en su oratoria. Empiezan la oración con el infinitivo del verbo, sin utilizar ningún sujeto, dejando en perplejidad al entendimiento. Por ejemplo, con: "Decir que tendrán aumento de salario...". No sabemos si la expresión correcta es: "Yo quiero decir...". "Mi opusculo desea decir...". "Una hurla es decir que tendrán aumento...". Mucho más lejos está lo sucedido en televisión. Cuando pidieron la opinión sobre la guerra de Irak, el principal comentarista de un canal estadounidense empezó con: "Decir... de que las tropas".

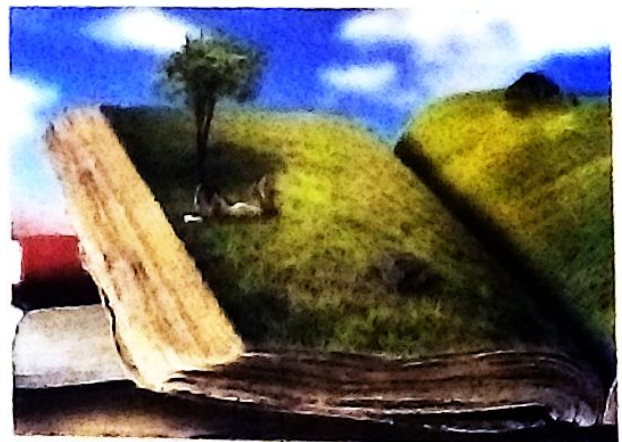
Es indudable que nuestro idioma ha temido que recurrir a los cortes de palabras y de largas expresiones para no extender lo discursivo. Un caso es que los medios derivan palabras de las siglas y los acrónimos, denotando incongruencia con el idioma pero que se han tenido que aceptar porque no tienen raíces en el castellano, como de "SIDA" surgió *sidénico* o *sidoso*. Y son acortamientos anormales, pero aprobados: radar, láser, gulag.

de suspenso. Es peligroso su empleo ya que por el acortamiento de las cláusulas se puede llegar a un vacío central que mete al lector en un laberinto interpretativo.

Hay autores que se solazan de enredar la trama cortando explicaciones que parecen sobrantes. Es una forma de eludir el objeto que quizás algunos pueden entreverlo, pero este estilo hace forzosa la observación del lector.

La acción defensiva contra todo esto es escribir con propiedad, conocer de antemano lo que se quiere decir, y evitar la expresión que busca abstraerse de las normas gramaticales.

Algunos de los ejemplos mencionados son formas de elipsis (del griego *elleipsis=falta*) que en literatura implica suprimir en la oración aquellas palabras necesarias para la recta construcción gramatical pero que no son indispensables para la claridad de la misma. Se utilizaría para economizar tiempo en el lenguaje coloquial del pueblo. No obstante también podría deberse a la pobreza de su léxico o a la urgencia de hacer conocer el detalle. En ese sentido, lamentablemente se está generalizando la homogeneización en la parquedad desinteresada de los jóvenes por el correcto lenguaje que quisieran recusar el predicado y las palabras multisilábicas que entrecortan sus ocurrencias desaprensivas.



Alfonso Gamarra Durana. Oruro, 1931 - Cochabamba, 2014. Médico, Escritor y Académico de la Lengua
De: "Anales" n° 17-2002 Academia Boliviana de la Lengua